

CAPÍTULO II

EL LIBERALISMO AMERICANO Y SUS REPRESENTANTES

EL liberalismo americano, tal como fué expresado en la *Declaration of Independence*, es un producto inmediato de aquel gran movimiento intelectual de Inglaterra y Escocia que tuvo su punto de partida en las doctrinas del humanista escocés George Buchanan, el cual sostenía el principio que todo poder arraiga en el pueblo y que la existencia de ese poder solo está justificada mientras es confirmado por el asentimiento del pueblo mismo. De acuerdo con esto, el soberano del Estado no es más que el *primer servidor del pueblo*, y puede ser proscrito, procesado y condenado por el pueblo cuando ha obrado contra la voluntad de éste.

Toda una serie de pensadores y de filósofos sociales distinguidos intentó luego continuar el desarrollo de esas doctrinas y hacerlas ahondar en el pueblo, principalmente John Locke y sus numerosos discípulos. Locke veía en el rey solamente el órgano ejecutivo de la voluntad popular y le rehusó por tanto

el atributo de legislador. Ese derecho, según su interpretación, correspondía sólo a la representación del pueblo, la que, según él, era un medio de seguridad contra toda extralimitación eventual del gobierno, y tenía la misión especial de proteger los *derechos innatos e inalienables del pueblo* y de defenderlos contra toda agresión. Pero en caso de que el gobierno abusase de la confianza del pueblo e intentase violar los derechos populares, se tenía, según la interpretación de Locke, el derecho a oponer la revolución de abajo. Son estos mismos principios los que Jefferson, fuertemente influido por Locke, incluyó en la *Declaration of Independence* con la siguientes palabras:

“Consideramos estas verdades evidentes por sí mismas: que todos los seres humanos han sido creados iguales; que han sido dotado por el Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos derechos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Que para asegurar estos derechos han sido instaurados los gobiernos entre los hombres, y que esos gobiernos derivan sus legítimos poderes del consentimiento de los gobernados; que cuando una forma de gobierno se vuelve destructiva de esos fines, está en el derecho del pueblo el cambiarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno sobre la base de tales principios y que organice sus poderes de tal manera que resulten más adecuados para llevar a efecto su seguridad y su feli-

idad. La prudencia, efectivamente, aconseja que los gobiernos establecidos desde hace mucho tiempo no deben ser cambiados por causas ínfimas o pasajeras; y conforme con lo que ha mostrado toda experiencia, la humanidad está más dispuesta a sufrir mientras los males son tolerables, que a subsanarlos por la abolición de las formas a que está habituada. Pero cuando una larga serie de abusos y usurpaciones, que persiguen invariablemente el mismo objetivo, evidencia el propósito de reducirla al despotismo absoluto, es su derecho y es su deber derribar tal gobierno y establecer nuevas garantías para su futura seguridad”.

Sobre la base de las concepciones desarrolladas por Locke, surgió poco a poco la interpretación social del liberalismo, que quería restringir a un mínimo las atribuciones del Estado. La concepción liberal de la sociedad (hablamos aquí del liberalismo como concepción del mundo y no de las aspiraciones de muchos supuestos partidos liberales que han negado muy a menudo, de la manera más burda, los verdaderos principios de esa interpretación) era la de una cooperación orgánica o natural de los hombres sobre la base de los pactos libres para la satisfacción de sus necesidades. Cuanto menos perturbadas sean sus relaciones orgánicas por influencias extrañas, tanto más libre y feliz será la vida del individuo, que es la *medida de todas las cosas* para el liberalismo. La socie-

dad se crea su propio equilibrio. Toda regulación mecánica paraliza la iniciativa personal y la responsabilidad individual y pone en peligro el lazo natural que une a los hombres en la convivencia social. Por esta razón el Estado no debía tener más que dos tareas:

- 1) Proteger la seguridad personal del ciudadano dentro de la comunidad contra ataques criminales;
- 2) Defender al país contra las invasiones enemigas del exterior.

Pero no se le habría de permitir, bajo ninguna circunstancia, inmiscuirse en la vida espiritual, religiosa y privada de los hombres y someterla a una norma general.

O bien, como dijo uno de sus modernos representantes: "Como el esqueleto es el cuadro en torno al cual se agrupan los tejidos, las arterias, los nervios, y los órganos del cuerpo, sin perjudicarse en sus funciones, así habría de ser el Estado, el cuadro externo de la sociedad para protegerla contra el mal". Pero en cuanto ese cuadro se transforma en camisa de fuerza destruye el equilibrio interno y trastrueca todas las relaciones sociales que prosperan del mejor modo en la libertad.

THOMAS PAINE

FUÉ Thomas Paine principalmente el que creó, por decirlo así, el puente por el cual esas ideas del liberalismo inglés llegaron a América. Sus servicios a la

causa de la emancipación de las colonias americanas son demasiado conocidos para tenerlos que destacar aquí. Fué uno de los primeros en reconocer que un acuerdo pacífico con Inglaterra era imposible y se manifestó con valerosa decisión en favor de la independencia de las colonias en su escrito *Common Sense*, (1776). Su publicación periódica *The Crisis*, que editó desde 1776 a 1783, inflamó con palabras fogosas la resistencia de los rebeldes y encontró el reconocimiento de Washington y Jefferson. Junto con Joseph Priestley y Richard Price, fué Paine el representante más consecuente y declarado del liberalismo inglés y posteriormente americano. Paine, que reconoció en el instinto social la condición básica de toda convivencia humana, trazó una clara frontera entre la estructura orgánica de la sociedad y las diversas formas de gobierno que se desarrollaron en el curso del tiempo y dieron la envoltura política externa a la agrupación humana. Su escrito *Common Sense* comienza con estas palabras:

“Algunos escritores han confundido sociedad y gobierno, de tal modo que ven poca, o no ven ninguna, distinción entre ellos; sin embargo, no sólo son diferentes, sino que tienen también diversos orígenes. La sociedad es el resultado de nuestras necesidades y el gobierno es el producto de nuestra corrupción; la primera fomenta nuestra dicha positivamente en tanto que asocia nuestras

inclinaciones; el último, negativamente, al poner dique a nuestros vicios. La una estimula las relaciones sociales, la otra crea distinciones y diferencias. La primera es una protectora, el último es un castigador.

“La sociedad es en toda forma una bendición, pero el gobierno, aún en su mejor estructura, no es más que un mal necesario; y en su peor forma, un mal intolerable; pues cuando sufrimos, o somos expuestos por un gobierno a las mismas miserias que podemos esperar en un país sin gobierno, nuestra desdicha es todavía mayor por la conciencia de proporcionar los medios por cuya razón sufrimos. El gobierno, como el vestido, es la hoja de parra de la inocencia perdida; los palacios de los reyes están contruidos sobre las ruinas de las moradas del paraíso. Pues si los impulsos de la conciencia fuesen clara, invariable e irresistiblemente obedecidos, el hombre no necesitaría otro legislador; pero no siendo este el caso, halla necesario entregar una parte de su propiedad a fin de hallar medios para la protección del resto; y es inducido a hacerlo por la misma prudencia que en otro caso le aconseja elegir de dos males el menor. Por consiguiente, siendo la seguridad el verdadero propósito y fin del gobierno, se sigue indiscutiblemente que la forma de él que nos parezca más adecuada para garantizárnosla con el menor gasto y el mayor beneficio, es preferible a todas las demás”.

Paine sabía que la mayoría de las cosas que se atribuyen hoy al Estado emanan en realidad de la sociedad y no serían imaginables sin ésta. Es la rica multiformidad de las relaciones sociales lo que renueva continuamente la vida pública, lo que la fecunda y la mantiene en marcha. La verdadera eficacia del gobierno llena solo una ínfima parte de la vida social y no seguramente la mejor. Si fuera cierto el funesto *dogma del pecado original*, que hasta aquí sirvió de punto de partida a toda teología política y eclesiástica para justificar la necesidad de la autoridad celeste y de la terrena, la existencia de la sociedad no estaría segura un solo momento, pues un mal innato no puede ser dominado a la larga por ningún medio mecánico de violencia. Lo cierto es que la mayor parte de la vida humana se desarrolla al margen de las directivas políticas del gobierno. Nuestras relaciones con los semejantes, la institución de nuestra vida doméstica, los millares de fenómenos de la cotidianidad, que determinan e influyen en nuestra existencia personal, proceden más o menos de nuestras propias decisiones y no se dejan oprimir en formas rígidas por ninguna providencia política.

Pero también las líneas generales del progreso cultural siguen los mismos rastros. La fuerza impulsora de todo desenvolvimiento social no es nunca el gobierno, sino la actividad creadora que surge de lo profundo del pueblo, y que no se puede imponer jamás con medios artificiales. Los potentados políti-

cos pueden aprovechar esas fuerzas creadoras de la sociedad para sus fines particulares, pero no podrán nunca crearlas. Ningún sacerdote, ningún rey, ningún dictador podría ordenar a un cerebro humano que calcule el curso de las estrellas, que aprenda el uso de los metales, que escriba la *Iliada*, que ponga la fuerza del vapor o de la electricidad al servicio del hombre o que elabore la teoría de la evolución. Estos son fenómenos culturales que no están ligados a ninguna forma política, y que incluso son detenidos y relegados a menudo por las formas políticas en su desenvolvimiento natural.

Toda la vida social del hombre, con sus múltiples usos y costumbres, sus incontables instituciones y vinculaciones sociales, sus graduaciones infinitas en perpetuo cambio, es el resultado directo de la acción cultural del pueblo, acción que puede ser perturbada a menudo por intervenciones políticas de lo alto, pero que nunca puede ser artificialmente creada. Donde se manifiesta más fuerte el poder de la coacción política sobre la sociedad, es donde está más baja la cultura humana, porque sus energías naturales, que solo pueden prosperar en libertad, se ven paralizadas. Esta es la causa por la cual todos los períodos de grandes reacciones políticas han sido períodos de incultura general y han conducido no raramente a una vuelta a las formas bárbaras de los siglos pasados. La reacción fascista del *Estado totalitario* nos da hoy al

respecto una lección que difícilmente puede ser mal interpretada.

Paine, que había comprendido en todo su alcance la sobreestimación inmerecida de toda esencia de gobierno en la vida de los pueblos, expresó esta convicción en las siguientes palabras:

Gran parte de ese orden que reina entre los seres humanos no es obra del gobierno. Tiene su origen en los principios de la sociedad y en la constitución natural del hombre. Existió antes del gobierno, y continuará existiendo si la formalidad del gobierno fuese abolida. La dependencia mutua y el interés recíproco que unen a los hombres entre sí, y a todas las partes de la comunidad civilizada, crearon esa gran cadena de relaciones que lo cohesionan todo. El propietario de la tierra, el campesino, el industrial, el mercader, el comerciante, y toda suerte de ocupaciones prosperan por la ayuda que cada una recibe de la otra y del conjunto. Intereses comunes regulan sus asuntos y forman sus leyes; y las leyes que el uso común crea, tienen una influencia mayor que las leyes del gobierno. En una palabra, la sociedad realiza por sí misma casi todo lo que se atribuye al gobierno (1).

Paine, en el que se encarna todo el optimismo ilimitado de su tiempo, creía de todo corazón en la

(1) Thomas Paine: *Rights of Man*. Parte segunda.

constante capacidad de perfeccionamiento del hombre y veía en la limitación gradual del poder de Estado el termómetro más seguro del desarrollo cultural de la humanidad.

“Cuanto más perfecta es la civilización, tanto menos necesidad tiene de gobierno, porque regula tanto más sus propios asuntos y se gobierna a sí misma; pero la práctica de los viejos gobiernos es tan contraria a la razón del caso, que sus gastos aumentan en la proporción en que deberían disminuir. Hay muy pocas leyes generales que pueda requerir la vida civilizada, y son de tal utilidad común que, sean o no impuestas por las formas de gobierno, el efecto será aproximadamente el mismo. Si consideramos cuáles son los principios que primeramente reúnen a los hombres en sociedad, y cuáles los motivos que regulan sus relaciones mutuas después, encontraremos, hacia la época en que llegamos a lo que se llama gobierno, que casi el total de los asuntos es realizado por la acción natural y recíproca de las diversas partes.

“El hombre, con respecto a todos estos asuntos, es, más de lo que se imagina, una hechura de las circunstancias, o más de lo que los gobiernos desean creer. Todas las grandes leyes de la sociedad son leyes de la naturaleza. Las de la industria y el comercio, son leyes de intereses mutuos y recíprocos. Son acatadas y obedecidas porque está en in-

terés de las partes obrar así, y no en razón de lo que pueda imponer o interponer alguna ley formal de los gobiernos.

“¡Pero cuán a menudo es perturbada o destruída la natural tendencia de la sociedad por las acciones del gobierno! Cuando este último, en lugar de ser injertado en los principios de la primera, pretende existir por sí mismo, y actúa con parcialismos de favor y opresión, se convierte en la causa de los males que debe prevenir” (2).

Paine fué un defensor incondicional del derecho de libre opinión; vió allí la condición previa de todo desarrollo espiritual. Opinaba que todo el que disputa a otro ese derecho, se convierte a sí mismo en esclavo, pues el que quiere hacer prevalecer *una* sola opinión, se priva del derecho a modificar la opinión propia. “El arma más decisiva contra todo error es la razón. No he usado nunca otra arma, y espero que no la usaré jamás”. Por este motivo combatió Paine el despotismo de la mayoría con el mismo ímpetu de su temperamento fogoso con que había combatido el *despotismo de la monarquía hereditaria*. Por eso quería que no se confiase a ningún gobierno la defensa de los derechos y libertades del pueblo, pues “el oficio de gobernar ha sido siempre monopolizado por los individuos más ignorantes y más corrompidos de la especie humana”. La libertad es garantizada a un

(2) *Rights of Man*. Segunda parte.

pueblo sólo cuando encuentra su cristalización en la conciencia jurídica de la humanidad, y cuando el pueblo está dispuesto en todo momento a asumir la responsabilidad de su defensa.

Dotado de más amplia visión política que la mayoría de sus contemporáneos, vió la verdadera significación de la revolución americana, no en la mera separación de las colonias de la madre patria, sino en el desarrollo de un nuevo principio político que asentase la sociedad sobre nuevos cimientos y fuese por eso de importancia para el futuro de todos los pueblos.

Es característico que las injurias que hubo de soportar Paine en Inglaterra y diversamente también en América se refieren mucho menos a sus ideas políticas que a su crítica del dogmatismo eclesiástico. Su *Common Sense*, y su *The Crisis*, y especialmente su polémica sobre los *Rights of Man*, en el que defendió a la revolución francesa contra los ataques de Edmund Burke, fueron declaraciones francas de guerra contra la monarquía, lo cual era comprensible en la época de Diderot, de Condorcet, de d'Alembert, de Godwin, de Jefferson y de Franklin, pero su lucha contra la credulidad literal del puritanismo hizo que su *Age of Reason* fuese quemada en Inglaterra por el verdugo y que su autor fuese señalado en América como un "dirty little atheist". Y sin embargo Paine no era ningún ateo, sino un deísta como Washington, Jefferson y Franklin, según hizo resaltar con razón

Brailsford, sólo que tuvo el atrevimiento de expresar abiertamente su convicción. "Un buen demócrata no llevó nunca la armadura del caballero andante; un buen cristiano no aplicó nunca la ortodoxia".

El hombre que dijo estas palabras: "Mi patria es el mundo; mi religión, hacer el bien", era en cada palabra que hablaba y escribía de una rara generosidad, pero no fué nunca un fanático que condenase fundamentalmente lo que no comprendía o lo que no quería comprender. El mismo hombre que tuvo que abandonar Inglaterra como proscrito y que fué nombrado miembro de honor de la Convención por los franceses, el mismo hombre que había inferido al absolutismo heridas tan incurables con su pluma, se pronunció contra la ejecución del rey cuando éste había perdido su trono y no era más que un prisionero en manos de sus enemigos. Había luchado los mejores años de su vida contra la injusticia social y contra las instituciones de la opresión, y en esa lucha puso en juego su vida sin ninguna preocupación; pero la venganza en las personas no era cosa suya. Su actitud valerosa le valió en la época del dominio del terror parisiense diez meses de prisión y casi el cadalso, del que fué salvado por un feliz azar. Su valor moral debe apreciarse por ello tanto más. Era en verdad un caballero sin miedo y sin tacha, que dejó en las sombras, con su profundo humanismo, a sus enemigos fanáticos del campo de la teología cristiana.

Paine fué uno de los primeros que salió al combate contra la esclavitud de los negros y a su actitud hay que agradecer la fundación de la primera *Sociedad Americana antiesclavista* de Filadelfia. Intervino en favor del derecho de las mujeres y propuso prematuramente una reforma del matrimonio y del derecho de divorcio. La enorme difusión que han encontrado sus escritos le habría podido convertir fácilmente en un hombre rico, pero sacrificó todos los ingresos de sus obras a la causa por la cual combatía y tuvo que luchar hasta el fin de su vida con las penurias materiales. Por eso pudo decir de sí mismo con orgullo:

“Si alguna vez me he expresado agriamente, se debe al odio incommovible que tengo, y que he tenido siempre, a los hombres crueles y a los procedimientos crueles. Tengo, por ejemplo, aversión a la monarquía porque es demasiado humillante para la dignidad del hombre; pero nunca molesté a nadie con mis ideas hasta hace poco... Lo que yo escribí es puramente natural, y mi pluma y mi alma han ido siempre juntas. Los escritos que he dado a la publicidad sólo me han proporcionado los gastos de papel e impresión, y a veces ni siquiera eso. Jamás rendí pleitesía a la fama o al interés, y mi manera de vivir, para aquellos que la conocen, justificará lo que digo” ⁽³⁾.

⁽³⁾ *The Crisis*, N^o 2 (enero 13 de 1777): *To lord Howe*.

THOMAS JEFFERSON

JUNTO a Paine, fué Thomas Jefferson el representante más vigoroso de las corrientes liberales del pensamiento en América. Su máxima bien conocida: "El mejor gobierno es el que gobierna menos", no ha sido más que un circunloquio del viejo principio liberal de la limitación a un mínimo del poder de Estado. Jefferson fué adversario declarado de toda intervención del gobierno en los asuntos personales de los ciudadanos y declaró que todo intento de esa especie era violación de los derechos populares y despotismo. Y como él, de igual modo que Paine, no creía en un Estado perfecto, no quiso poner tampoco la defensa de los derechos del pueblo en manos de un gobierno. Pero al pueblo le dijo: "La vigilancia eterna es el precio de la libertad".

Jefferson negó a todo gobierno el derecho a dictaminar sobre las opiniones y convicciones de los hombres. No era uno de aquellos americanos *cien por cien* dispuestos a prohibir de la mejor gana el pensamiento si tuviesen el poder para hacerlo, pero que, como no pueden, están siempre listos para poner determinadas limitaciones a la palabra hablada o escrita. A ellos les decía Jefferson:

"Solo el error necesita el apoyo gubernamental. La verdad puede mantenerse por sí misma. Someted el pensamiento a la coacción. ¿A quién